

MEDELLÍN: SU EXPRESIÓN ESPACIAL

"Medellín, una ciudad dividida por un muro, ahora más real que imaginario, que separa y excluye a los que luchan por sobrevivirle al hambre o la violencia y los que pueden darse el lujo de vivir en unidades cerradas, todos los días más herméticas en seguridad y también negadas a sentir el dolor y oír los llamados de auxilio y solidaridad de estos otros que son tan antioqueños y medellinenses como nosotros". Testimonio de un habitante de la ciudad... (Patrialibre.org, 2002)

No sobra decir que todos los procesos de conflicto, violencia y cooperación negociada tienen como escenario a una ciudad que enfrenta una profunda crisis social, económica y político institucional. Para contextualizar estos procesos considero útil una caracterización, aunque muy breve, de lo que ha sido la configuración histórica y social de Medellín, sus transformaciones físicas y sociales más relevantes y que inciden en las formas de enfrentamiento social que se viven actualmente en la Ciudad.

Es fácil definir el contexto dentro del cual se genera el desarrollo urbanístico y social de Medellín: es un proceso de expansión, dentro del corredor de una larga y estrecha franja – 54 por 13 Kilómetros – denominada el Valle de Aburrá y que se encuentra bañada por un río principal, el Medellín o Porce, el mismo que recibe aproximadamente una docena de afluentes de caudal medio, presentando un panorama de excelente dotación hidráulica. La ciudad, hasta mediados del siglo XX, crecía muy lentamente y su tendencia era de oriente a occidente. Como expresión del control ideológico cultural español aparecían las Iglesias, que estructuran a su alrededor los primeros servicios Vg. sirvieron de cementerio, y se distribuyeron a escala en la incipiente ciudad, nucleando los barrios que asumirán el nombre de la respectiva parroquia.

El censo del 1930 arrojó una población de 130.000 habitantes en la ciudad y en 1938 la población ascendió a 168.300 creciendo a un ritmo anual del 3.5%. A partir de 1951, la situación comienza a manifestarse explosiva, pues ya la población se duplica llegando a 358.189 y creciendo a un ritmo del 5.88% para constituir el 22.81% de la población total departamental y con la peculiaridad de ser una fuente receptora de población campesina emigrante pues sólo 1 de cada 3 habitantes son nacidos en Medellín.

Igualmente, en Medellín se concentró una parte muy importante del desarrollo industrial y por ello se le llamó la "la ciudad industrial" comercial y bancaria del país, sirviendo, por tanto, de asiento para una cantidad apreciable de oficinas, talleres, y centros internacionales, los que a su vez dinamizan el crecimiento urbano y actúan como factores de atracción para otras capitales y para la población emigrante. Según el primer censo industrial, hecho en 1945, Medellín poseía un total de 789 industrias y ocupaba 23.422 personas, de allí que no puede extrañar que esta ciudad fuera el lugar donde naciera y se asentara la Asociación Nacional de Industriales –ANDI- desde 1945.

Está dinámica industrial produjo necesariamente el crecimiento urbano en otras direcciones. Así en la década de 1920 se cruza el río por la calle San Juan y se enfatizan Belén y la América como embriones de la ciudad occidental; también

surgen en la parte Noroccidental los barrios Villa Hermosa, Manrique Central, Campo Valdés, Pérez Triana (hoy San Pedro), Belén, Palermo, y hacia fines de la década se formaron Santa Cruz, Germanía (hoy La Frontera), La Francia, Villa Guadalupe, Moscú, La Rosa, Carambolas, (hoy San José la Cima), San Antonio, Villa Tina, Betania, Sofía, Apolo, la Iguana, La Soledad, y Castilla.

Ese crecimiento, duplicándose en 10 años, muestra no sólo el enganche urbano sino también la presión poblacional. Igualmente, contribuye a consolidar lo anterior el proceso de crecimiento del área construida pues entre 1908 y 1938 fue del 281.5%.

Conviene señalar que, en 1938, el Concejo Municipal de Medellín dictó un acuerdo que suprimió los corregimientos de Belén, la América, Guayabal, Robledo y Berlín en la franja occidental del río – hoy comuna noroccidental- y los convierte en barrios urbanos, lo cual también es indicativo del crecimiento que vivió la ciudad.

Es necesario mencionar un proceso que ya asomaba: La invasión de terrenos, que de paso denotó la gran vulnerabilidad y exclusión sociales y se constituyó en un factor estructurante en la configuración de la ciudad y de sus barrios:

La presión poblacional sobre la ciudad, producto de la migración campesina, se incrementó fuertemente luego de la década del 50's. El censo de 1964, indicó una población de 772.887 habitantes, constituyéndose en el 31.19% de la población total departamental y con una tasa de crecimiento geométrico 1951/64 de 6.9% -muy superior a la del Departamento que era de 3.7%- que coloca en el centro de la problemática la migración campesina a la ciudad. Esto se manifestó en un peculiar modelo de urbanización que yo denominaría "tugurización"¹ de la ciudad", para referirnos a urbanizaciones no controladas, nacidas casi siempre de invasión de terrenos, constituidas en la estrategia asumida por los sectores pauperizados al no poder acceder al mercado público y privado de la tierra urbana. Estas urbanizaciones se articularon horizontalmente –por un crecimiento ilegal y desordenado de la malla urbana- y de manera no orgánica, sino "disfuncional" como fuentes de patologías y rebeldía, con el resto de la ciudad.

Las décadas de los años 50's y 60's en Medellín son las típicas de la migración y ocupación territorial periféricas. Se consolidan las comunas Nororiental y Centro-oriental con la aparición de barrios como San José La Cima, La Frontera, La Francia, Manrique Oriental, Santa Cruz², Santo Domingo Savio, Popular I y II, Moscú, La Isla, Villa Guadalupe, María Cano, Carambolas, La Avanzada, Carpinelo, Villa Lillian, Villa Turbay, Villa Tina, El Vergel, Isaac Gaviria, El Edén, Llanaditas y Versailles³.

¹ Las poblaciones tuguriales de Colombia, tiene el mismo contenido social de las "Callampas" de Chile, de las "Favelas" de Brasil, de las "Villas Miserias" de Argentina y de los "Rancheríos" de Perú.

² Estos son barrios de "Urbanización Pirata", es decir, barrios que no son invasiones sino que su sistema de loteo no sigue las normas reguladoras de planificación determinadas por la Administración Municipal: como espacios definidos para las vías, aceras, servicios comunales y públicos, etc.

³ Estos son barrios de invasión que se ubican en esa época por fuera del perímetro urbano de la ciudad establecido por el Concejo Municipal.

Ya para el año de 1973, la población de la ciudad había ascendido a 1.151.762 habitantes que equivalían al 39% de la población departamental y su tasa de crecimiento, aunque descendía comparada con el decenio anterior, seguía siendo elevada, llegando al 4.6% entre 1964 /1979, mientras la del Departamento era de solo el 2.5%.

También en las décadas de los años 50's y 60's se formaron los barrios piratas de Belalcazar, San Martín, Kennedy y El Diamante en la comuna Noroccidental y en la década de los 80's esta comuna, vio nacer los barrios de invasión de El Picacho, Picachito, El Progreso, Efe Gómez, San Nicolás y París entre otros.

Sin desconocer que las carencias, la forma de utilizar el espacio y el habitar un entorno, se constituyen en un primer momento en factores de unidad solidaria, es preciso indicar que al proceder de diferentes sitios, difícilmente podría darse una verdadera integración social en estos sectores populares y, por el contrario, las relaciones de desconocimiento, de prevención y de desconfianza se tornaron, paulatinamente, en dominantes.

“Informalidad, ilegalidad y pobreza unidos a una precaria gestión urbana, constituyen la urdimbre sobre la cual se van profundizando las rupturas y las fracturas del tejido social, creando situaciones favorables al uso de la fuerza y la violencia para resolver los problemas de la convivencia colectiva” (Alcaldía de Medellín, 1994:11).

El maremagno de migrantes dio lugar a la formación de ***una ciudad dentro de la ciudad***, pero no dentro del espíritu de los planificadores –que soñaban en una construcción de ciudad funcional, a la manera de los “diseños” de Le Corbusier, en donde se reducían los recorridos y los tiempos desde los lugares del alojamiento hasta los del trabajo- sino *una ciudad ilegal construida por fuera del perímetro urbano* definido por la Administración y que, por tanto, además de violentar en muchos casos el fundamento jurídico de la propiedad privada, tampoco se sometía a los requerimientos institucionales de construcción definidos en las oficinas de Planeación.

Adicionalmente, la articulación de los pobladores de esta nueva ciudad con la economía urbana, se hacía desde la informalidad y de lo que los sociólogos denominaban patologías sociales⁴.

Se enfrentan y colocan una a otra, lo que algún autor denominó: la ciudad de vidrio y luz, frente a la ciudad de cartón y lata.

Los espacios verdes y florecidos de las montañas circundantes –a Medellín se le conoce también como “la ciudad de las flores”y como “la ciudad de la eterna primavera”- de pronto se vieron teñidos con ladrillos, hojas de zinc y tablones de todos los colores con los que los nuevos habitantes pintaron sus remedos de ranchos campesinos. Las montañas se perdieron entre construcciones con desechos.

⁴ El imaginario de los nuevos pobladores construyó la nueva ciudad y ello estaba tan acentuado que incluso cuando estos pobladores salían a realizar su economía del “rebusque” decían que “iban para Medellín”, es decir, sentían que salían de su propia ciudad para otra.

Estos pobladores tejieron redes solidarias. Primero, para la defensa y posesión de los terrenos, constituida en una tarea ya no individual sino colectiva, para lo cual se organizaron y lucharon contra casatenientes y policías. Luego, para la autoconstrucción de la vivienda, que se hizo en muchos casos con el apoyo de los vecinos llegados antes. Y finalmente, la necesidad convocó la ayuda mutua y la coordinación, a través de mingas, para proveer los servicios básicos –vías, alcantarillado, agua, luz- que la municipalidad no otorgaba a *los ilegales*.

En este primer momento de construcción de redes sociales, de consolidación del tejido social en la periferia de Medellín, la Iglesia jugó un papel importante. Emergió con fuerza la figura de Cura Cívico⁵, el cura ya no ligado a lo sacro sino a lo cívico. Era él el que lideraba los convites para la construcción de las obras de servicios colectivos, el que luchaba por la consecución de apoyos con las organizaciones privadas y la Administración Municipal misma, era el que defendía el barrio, el que recaudaba los exiguos fondos, el que proveía mercados a los más necesitados, el que convocaba a las asambleas de padres y conformaba los grupos juveniles y artísticos, etc.

Podría incluso pensarse que la vitalidad de esta “nueva ciudad” era mayor que la de la “ciudad tradicional y formal”. Pero los fuertes y rígidos dispositivos de discriminación y de exclusión corroyeron hasta destruir totalmente el tejido social de todo el conjunto urbano. Ya las institución simbólicas y socializadoras, las personas representativas, los valores, lo mismo que los espacios públicos, adquirieron significados distintos para los habitantes de estas dos ciudades que se superponen.

En los barrios de invasión y piratas se produjo, y se sigue produciendo, un constreñimiento de la forma espacial afectando las posibilidades de configuración del espacio público y la calidad de vida barrial, así por ejemplo, la disposición de las calles son irregulares y estrechas y hay una peatonalización de los senderos barriales. Estas restricciones son el resultado de la presión del uso para vivienda. La estrechez de la calle, o su ausencia absoluta, conlleva a eventuales situaciones de conflicto interno, como tensión entre la apropiación pública para desarrollar actividades para las cuales no han sido diseñadas – deporte por ejemplo, o juegos infantiles- y un sentido de lo privado como el acceso a las viviendas. Los propietarios pueden sentir afectado su sentido de propiedad y recurre a la violencia y amenaza de la fuerza para subsanar ese “abuso”.

Ahora bien, en 1980, y sirviéndonos como prefiguración de la problemática actual, se hizo una encuesta de opinión en Medellín que mostraba que los principales problemas de la ciudad eran en su orden: el desempleo (25.6% de las opiniones), la inseguridad (18%), la falta de vivienda (14.5%), el transporte (13%) y por supuesto apareció el rechazo al deterioro ecológico general, la contaminación del río, la destrucción de áreas verdes, la falta de aseo en la ciudad, las deficiencias en salud, educación, vivienda y otros servicios, la

⁵ En un estudio de opinión realizado por el Centro de Estudios de Opinión (CEO) en 1985, los pobladores pobres de la ciudad señalaron que la figura más recordada por ellos y que mayor influencia tenía era la del Sacerdote. Colocándose por encima de deportistas, de maestros, incluso de otros vecinos.

congestión vial, la escasa vida cultural y la violencia. Esta situación, era padecida de manera dramática por los pobladores de las comunas nororiental y noroccidental de la ciudad, las mismas que como veremos más adelante serán caldo de cultivo para el accionar de los diferentes actores violentos.

Puede afirmarse, sin temor a equívocos, que estas comunidades periféricas se consolidaron pese al abandono estatal, la represión indiscriminada, la descoordinación institucional –salud, educación, ICBF- y las promesas incumplidas por los políticos y administradores de turno.

Y, simultáneamente y en contraposición, barrios como El poblado y Laureles comenzaron a ser centros de atracción para personas adineradas, que estaban dispuestas a pagar propiedades a cualquier precio. Estos barrios se fueron llenando de bloques de viviendas acordonadas o *unidades residenciales cerradas* -que sirven de protección frente a los “otros”- y custodiadas por los servicios de seguridad privados. En los diseños de estas viviendas predomina lo que Armando Silva (1992:75) denominó el “sentido de castillo”, para referirse a la adopción del modelo de las fortificaciones militares. El mundo de sus moradores se redujo a no más de dos ó tres cuadras a la redonda en donde piensan que se pueden mover seguros.

Así estos pobladores han vivido y viven de espaldas a aquella realidad brutal, segregadora y excluyente, aunque los atracos, los secuestros, las extorsiones y las muertes que algunas veces los golpean, les hace reflexionar un poco y demandar presencia estatal en aquellos sitios “olvidados”.

Medellín así se presenta como una ciudad de grandes contrastes: con infraestructura escolar pero con niños que no pueden salir de sus viviendas porque los violentos los aprisionan, con un buen centro histórico que nada dice ni simbólica ni históricamente a los habitantes sin distinción de grupo económico, con excelentes servicios públicos pero cuyos precios son inaccesibles para muchos pobladores. Con entornos que no pertenece a los habitantes que se tienen que encerrar en sus viviendas y clubes, una ciudad en donde la noche no se puede disfrutar sin correr grandes riesgos, una ciudad con buenos servicios de salud pero costosos, etc, etc.

La ocurrencia diaria y cotidiana de los hechos violentos, de los homicidios, de los atracos callejeros, de los secuestros, de las extorsiones, han llevado a la consideración de esta como una ciudad enferma, en donde la violencia es epidemia. De hecho, la Universidad de Antioquia a través de la Escuela Nacional de Salud Pública, tiene un grupo de investigación que desarrolla el tema de “estudios epidemiológicos de la violencia”.

Privatizar los espacios, pagar las vacunas, portar armas, tomar precauciones constantes y contratar seguridad privada –bajo la forma de vigilantes profesionales, milicianos- es lo corriente en esta ciudad, sitiada por el miedo. Esta es una vivencia que no es exclusiva de los sectores de los altos ingresos, sino de todos los habitantes, como se verá a lo largo de este documento.

Según información del PEVAL (Programa de Estudios de vivienda) en 1984 , en la ciudad existían 50 barrios de invasión regados en 5 de las 6 comunas de entonces. La comuna 5 -El Poblado- si bien carecía de este tipo de asentamiento, también poseía otros de tipo popular, cuya tendencia era derivada de formas de construcción precapitalistas producidas en las fincas de la zona, en donde predominaban los agregados y los apareceros (CEHAP Y PEVAL, 1984: 28).

El censo de 1985, arrojó una población urbana de 1.473.351 habitantes, de los cuales, el 40 % se ubicaba en las zonas periféricas.

A partir de 1995, en nuestra ciudad, el fenómeno del desplazamiento empieza a ser reconocido, con el impacto negativo que él genera sobre la estructura de servicios sociales y colectivos, con la proliferación de la mendicidad y con el incremento de la informalidad. Estos desplazados engrosan el espectro de los pobres absolutos urbanos, colocándose por debajo de las líneas de pobreza, con prácticamente todas sus necesidades básicas insatisfechas. Van expandiendo los límites de la ciudad y reforzando la “otra ciudad”, la periférica.

“Los conflictos y tensiones propios de estas transiciones no fueron percibidos como lo que eran sino que se interpretaron como desorden o como caos lo que llevó al uso de la fuerza y la exclusión para controlar justas demandas sociales y políticas provenientes ante todo de la ciudad informal y también al reforzamiento de criterios y mentalidades premodernas en la dirigencia, lo que les impidió asumir con mayor solvencia y eficacia los retos de la modernización urbana.” (Alcaldía de Medellín, 1994:10).

Lo grave es que a la interminable historia de carencias que viven estos pobladores, se le agrega la fragmentación social generada por el accionar de los grupos de violencia.

“Así se conformaron las bandas y combos que se dividieron la ciudad y marcaron las fronteras invisibles e inviolables, so pena de encontrar la muerte con sólo avanzar unos metros.

“El fuego cruzado combinó balas de la guerrilla, de las milicias, de los grupos de autodefensa y balas oficiales que encontraron víctimas igual en la calle que a la salida del colegio.” (Zuluaga, 2002)

Así se van construyendo, lenta pero inexorablemente, en medio de las inequidades del modelo de desarrollo, de la forma de urbanización y de la exclusión política y cultural, las *fronteras de la ciudad*. Y la forma que fue asumiendo, en el tiempo y en el espacio ciudadano, la elaboración de los conflictos aquí subyacentes, fue la de la vía violenta⁶.

⁶Es necesario acotar que lejos de mi exposición existe la idea de que ser pobre significa ser violento. Sin embargo, es necesario indicar que la exclusión económica y social, en nuestras sociedades si debe ser entendida como condición necesaria, aunque no suficiente, para la salida violenta. Compartimos las tesis de Hopenhayn, cuando anota que la violencia en Latinoamérica es consecuencia y respuesta de las diversas formas de exclusión social y política (Hopenhayn, 1990:38)